

Comunicación original dirigida a todos los obispos españoles que ha generado esta nueva respuesta en:

<https://novaevangelizatio.org/6952-2>

Emmo. Rvdmo. Sr. D. José Cobo Cano.

Es posible que por causa de mi torpeza no me haya sabido explicar correctamente o quizá no se han tomado el tiempo necesario para poder meditar el contenido de la carta que envié a su eminencia.

En esta nueva ocasión, deseo resaltar aún más que no he tratado de justificar ninguna forma de muerte inducida, sino que más bien en la primera parte de mi escrito donde se resaltan algunos aspectos de la vida de nuestro Señor, tienen el fin de poder ser más comprensivos con aquellas personas que especialmente sufren la tentativa del suicidio.

Tomás de Kempis en el Libro Primero, Capítulo 22 (*De la consideración de la miseria humana*), expresa esta misma experiencia incluso para aquellas personas que en este caso tenemos una relación íntima con Dios: «*Cuanto el hombre quisiera ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida presente, porque siente mejor y ve más claro los defectos de la corrupción humana*». El autor explica que cuando el alma busca la santidad y se aparta de las vanidades mundanas, la vida terrenal se vuelve una carga más pesada de llevar. Esto ocurre porque, al tener una mayor luz espiritual, el alma es más consciente de sus imperfecciones y del pecado, haciendo que el destierro terrenal se sienta más amargo.

Esta primera parte resulta ser importante en el sentido que trata de interpelar especialmente la conciencia de las autoridades de la Iglesia y de esta manera se puedan estudiar alternativas propias que no estén fundamentadas en los supuestos apoyos que ofrece la ciencia en colaboración con la Administración Pública para poder paliar el sufrimiento humano. En este caso es propio de la Iglesia que seamos nosotros los buenos samaritanos y no como sucede en la actualidad con el Estado.

Sabiendo las personas religiosas de forma especial que la tendencia de nuestra naturaleza es más bien materialista, resulta difícil de asimilar que aún no hayan caído en la cuenta de que debido a los métodos exprés que lleva ofreciendo la psiquiatría moderna desde mediados del S.XIX, gran parte de la afluencia de personas que antes frecuentaban las Iglesias, hayan terminado por desencantarse incluso de su relación con Dios. A pesar de todo, los pastores de la Iglesia no solo no han tomado conciencia aún de cómo se les ha ido una gran

parte de sus ovejas, sino que cuando dicen no disponer del tiempo que necesita una persona ser escuchada por un sacerdote para evitar los estragos que pueden hacernos ciertos lobos, nos derivan a un psiquiatra o en el mejor de los casos a un psicólogo. De esta manera es como los servicios sanitarios ganan pacientes y por otro lado la Iglesia pierde a los fieles.

No todas las personas disponen de medios económicos a su alcance para poder ponerse en manos de profesionales que sean católicos que ejerzan estas vocaciones. De cualquier modo, esto no significa que por nuestras carencias no podamos solucionar nuestros problemas personales que nos afligen y que en ciertas ocasiones necesitan acompañamiento, y sobre todo comprensión de personas con buena voluntad. La Iglesia precisa urgentemente crear una red de servicio que, aunque en este caso sea simétrica pueda ser al mismo tiempo autónoma e independiente de los servicios de salud público. Es preciso que como Iglesia dejemos de engañarnos y acomplejarnos por el hecho de no tener conocimientos reglados para poder asistir a las personas que padecen malestar o un sufrimiento profundo en sus almas, pues la clave en este sentido nos la da san Pablo: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que, con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren» (2 Co. 3,4).

En conclusión, es importante que sepamos o recordemos que la Iglesia no debería de limitarse en pedir a al mundo que haga algo con sus medios económicos o recursos humanos, sino que somos nosotros los que estamos llamados primeramente hacerlo contando con la ayuda de Dios. Recuerden que esto en el contexto de la multiplicación de los panes, el Señor no quiere que pongamos la confianza en el dinero para poder hacer un bien a una multitud, sino que en este caso particular nos sigue diciendo «Dadles vosotros de comer» (Lc. 9,13). Como es comprensible, esto también se debería de ampliar muy especialmente en la atención de aquellas personas que padecen cualquier clase de malestar o padecimiento profundo en sus almas.

Puesto que también he podido recibir una respuesta con respecto a esta misma carta por parte del eminentísimo cardenal Juan José Omella, me gustaría concluir sin más compartiendo la respuesta que le he dado, que, al estar orientada en este mismo sentido, considero que complementa esta nueva respuesta que le acabo de dar.

Se despide atentamente con un fraternal saludo, Jesús del Pino Marín.

En Almonte a 22 de mayo de 2026.

<https://novaevangelizatio.org>